AFRODITA CNIDIA. EL DESNUDO FEMENINO EN LA ESCULTURA GRIEGA DE LA ANTIGÜEDAD

*Solamente me han visto desnuda Paris, Anquises y Adonis,*

*¿Cuándo entonces Praxíteles me vio desnuda?*

Epigrama, Antología Palatina, XVI 168

Afrodita es la diosa del amor y la belleza en la mitología griega. Afrodita es heredera de antiguos cultos del Oriente donde fue adorada, como en Grecia, en templos cerca del mar, ríos y fuentes de agua, por lo que su origen se remonta y entrecruza con la babilónica Ishtar, la fenicia Astarte y la egipcia Isis. Privilegiada del Olimpo por su extraordinaria belleza y poder seductor, llamada Turan por los etruscos y Venus por los romanos, Afrodita es una de las divinidades más conocidas y admiradas del panteón griego.

Homero (*Ilíada*, V 371; XX 107 ), presenta a Afrodita como hija de Zeus, el padre de todos los dioses, y de su unión con la Oceánide Dione, tal como siglos más tarde la representara el escultor Fidias en el fronstispicio del lado este del Partenón. Hesíodo en la Teogonía, su famosa cosmología mítica, nos ofrece una de las versiones más aceptadas sobre el espectacular nacimiento de Afrodita. Gea, la Madre tierra, cansada de sufrir la crueldad de su esposo Urano, señor de los cielos, pide ayuda a Crono, el menor de sus hijos, quien con una hoz dentada corta los órganos genitales de su padre y los lanza al mar con furia, donde se produce un gran encrespamiento de agua, que pronto se convierte en una blanca espuma (aphros), brotada del inmortal miembro, y de la cual surge totalmente desnuda la figura de la bella diosa Afrodita.

El prodigioso nacimiento ocurre en las proximidades de Citera (actual Corfú), una isla en el noroeste del Peloponeso, por lo que a la diosa se le suele llamar Citerea. Desde allí Afrodita prosigue viaje a través del mar Mediterráneo, bien sobre un delfín, un cisne, --como se observa en un bello pélice de la Colección Lagunillas-, o una concha, hasta arribar a Paphos (Teogonía, 188-200), en la isla de Chipre, por lo que se conoce también con el apelativo de Cipris. Recibida en este sitio por las Horas, divinidades de las estaciones del año, es primorosamente ataviada con exquisitos ropajes, peinada y perfumada, para así emprender su triunfal camino hacia el Olimpo, morada de los poderosos dioses griegos. El culto ofrecido a Afrodita fue especialmente intenso en la ciudad chipriota de Paphos y muy vinculado al héroe local Pigmalión, escultor legendario que se enamoró de una estatua de la diosa, quien compadecida ante tan profundo amor, dio vida a la piedra en la figura de Galatea , de cuya unión nació Paphos y le dio nombre a la ciudad.

Una interpretación posterior, atribuida generalmente a Platón (Simposio, VIII 229), nos habla de una Afrodita Urania, dedicada al amor puro y de una Afrodita Pandemos, símbolo del amor mundano y carnal. Esta última proposición está relacionada con la llamada prostitución sagrada, practicada en muchos santuarios de Afrodita, como el de Acrocorinto, (Estrabón, VIII, 6.21), donde las sacerdotisas organizaban espléndidas celebraciones y hasta ofrecían sus favores a los visitantes masculinos en honor de la diosa. Afrodita, deslumbrante en su eterna belleza, era además insaciable en su apetito sexual y provocaba intensas pasiones, por lo que sostuvo amores turbulentos tanto con otros dioses, como también con mortales, al igual que fue madre de una numerosa prole. Afrodita recobraba su virginidad cada vez que se sumergía en el mar, de donde nació doncella. El mito del nacimiento marino de Afrodita relaciona la sexualidad y la fertilidad con el agua, considerada como elemento primordial en el ámbito afrodisíaco.

Hefesto, el dios del fuego, conocido como el herrero divino y artífice de toda clase de objetos valiosos, era el esposo de Afrodita que Zeus le había asignado, pero feo y deforme no era del agrado de la diosa. Afrodita lo engaña con Ares, el imponente dios de la guerra, de cuya unión nacieron tres hijos, que Hefesto reconocía como propios. Otras narraciones incluyen como cuarto hijo a Eros, pequeño alado que lanzaba sus flechas a los corazones provocando incontenible deseo carnal e identificado como inseparable acompañante de Afrodita. Hefesto humillado ante tal situación, que le fue informada por el Sol, decidió vengarse y fabricó una red de fuertes hilos invisibles de oro, la tendió sobre el lecho de la adúltera y dijo que se iba de viaje. Afrodita y Ares se entregaron con gran gozo al disfrute de la pasión amorosa, pero quedaron atrapados desnudos en la singular trampa y sometidos a una gran vergüenza, pues Hefesto regresó y llamó a todos los dioses del Olimpo, quienes disfrutaron mucho del espectáculo y del gran escándalo. Aún después de este altercado, Hefesto nunca dejó de amar profundamente a Afrodita. Otros fogosos amores de la diosa con connotados inmortales incluyeron a Dioniso, a Hermes y a Poseidón, de todos los cuales tuvo descendencia.

Entre los mortales, Afrodita amó con gran ardor a Anquises, un hermoso joven de dinastía troyana, a quien logró seducir al presentarse en forma de una bellísima mortal. Anquises, quien fue castigado por Zeus por atreverse a divulgar esta relación, envejece, se debilita y la diosa lo abandona. Eneas, el hijo que procrearon y que fue criado por las ninfas, participó posteriormente en la guerra de Troya y por eso la diosa siempre estuvo a favor de los troyanos y en muchas ocasiones los ayudó para poder salvar la vida de su hijo. Pero la propia Afrodita fue promotora de la guerra entre griegos y troyanos, al desencadenar mediante el soborno, uno de los sucesos más escandalosos del Olimpo. Según la tradición mítica, Eris, la diosa de la discordia, no fue invitada a la celebración de la boda de Tetis y Peleus, con el fin de evitar los altercados que Eris solía causar con su desapacible presencia. La diosa, enfurecida por el desaire, lanzó a rodar una manzana de oro en medio del banquete, con la inscripción: ‘Para la más bella’.

Tres aspirantes se presentaron inmediatamente: Hera, Atenea y, por supuesto, Afrodita. Como se trataba de tres diosas importantes y la discusión prometía ser acalorada, Zeus ordenó a Hermes que buscara una opinión imparcial para dilucidar el desagradable incidente. Hasta el paraje donde el joven Paris pastoreaba su rebaño en el monte Ida, cuando aún desconocía que era un miembro de la realeza troyana, condujo Hermes a las tres divinidades y le explicó lo sucedido al asombrado joven, que debía actuar como juez de la discusión, anécdota que ha servido como fuente de inspiración a artistas de diversas generaciones, conocida como el Juicio de Paris. Debido a que cada una de las diosas quería ganar, prometieron lo mejor de sus poderes, pero la taimada Afrodita, prometió a Paris lo que más ansía un hombre, el amor de la mujer más bella, y de esta forma se ganó la manzana de oro. La deslumbrante Helena, quien reinaba en Esparta junto a su esposo Menelao, sucumbió ante el hechizo preparado por la astuta Afrodita, pero como era casada tuvo que huir apresuradamente con Paris hacia Troya, llevando consigo cuantiosas riquezas del palacio real y varias esclavas, lo cual provocó la cólera de Menelao, por lo que la declaración de hostilidades, que inició la aciaga guerra entre griegos y troyanos, no se hizo esperar.

Afrodita también se enamora locamente de Adonis, que desde su nacimiento llamó la atención de la diosa por su belleza y por eso lo recogió cuando era un bebé, confiándolo al cuidado de Perséfone. Adonis se convirtió en un hermoso mortal y Perséfone, seducida por sus encantos, se negó a entregarlo y lo conservó en el mundo subterráneo. Zeus interviene en la disputa y ordena que Adonis pase un tercio del año con cada una, aunque en realidad, el joven pasa la mayoría del tiempo con la bella Afrodita. Un día, Adonis es atacado por un jabalí, posiblemente una encarnación del despechado Ares, y muere a causa de las heridas. Afrodita llora desconsoladamente la pérdida del amado joven, de cuyas gotas de sangre brotó una nueva y bella flor, la roja anémona. Adonis se convirtió en el símbolo de los ciclos de la naturaleza y Afrodita en su eterna protectora.

Además de su vínculo con el amor, la belleza física y el sexo, Afrodita se asocia a la primavera, a la fertilidad, a la vegetación exuberante, la reproducción y, en general, al curso cambiante de la vida. Su culto, era practicado en toda Grecia, en numerosos templos y santuarios, especialmente en Atenas, en Corinto y en Chipre, lugar mítico de su famoso nacimiento. Estrechamente vinculados a sus rituales se encontraban ciertas aves, árboles y flores, que le eran dedicados como ofrendas votivas, reproducidas en diversos materiales, para invocar la protección de la diosa, especialmente por mujeres deseosas de tener hijos, jóvenes casamenteras y hombres enamorados. Casi todas las divinidades griegas están relacionadas con aves, lo cual se explica porque el origen de la religión de los helenos tiene sus raíces en la adoración de la naturaleza y sus criaturas. El águila de Zeus, la lechuza de Atenea y el pavo real de Hera son algunos de los ejemplos más célebres. En el caso de Afrodita, se observa una estrecha relación con las grandes aves acuáticas, como el cisne que puede desplazarse por el mar e inclusive transportar a la diosa en su periplo marino, así como el ganso al que se le atribuyen poderes afrodisíacos. La paloma es también una de sus aves favoritas, notable por los largos vuelos celestiales que suele emprender, la blancura de su plumaje y su fertilidad constante. Este tipo de pajarillo suele utilizarse como regalo erótico en las imágenes pederásticas comunes en la iconografía de la cerámica ática y en las de cortejo en las escenas de acercamiento amoroso, como símbolo del deseo carnal.

Todas las flores e inflorescencias pertenecen al ámbito de la diosa del amor, especialmente las rosas, entre las que se destacan las blancas de aterciopelados pétalos y atrayente fragancia. Múltiples plantas y árboles, como el laurel, el romero, la hiedra, el mirto, al igual que el fruto de la granada, capaz de reproducirse a partir de cada una de sus numerosas semillas, le son consagrados. La liebre, famosa por su asombrosa fertilidad y rápidos ciclos de reproducción, suele estar presente en los vasos griegos en las escenas relacionadas con la diosa. El mar es uno de los contextos más recurrentes de la Cipria debido a su nacimiento y por eso, el delfín, imprescindible acompañante a lo ancho y largo del mar Mediterráneo, está estrechamente vinculado a los rituales sagrados ofrecidos a Afrodita. En las conchas, caracolas, hipocampos, tritones, nereidas y otros seres marinos podemos identificar muchos de sus conocidos atributos. Los espejos de mano, las sandalias, las joyas, los frascos de perfumes, así como el incienso, aluden a la esfera del mundo de la bella del Olimpo y al entorno propicio para el amor.

Venerada por los griegos desde las postrimerías del siglo IX a.n.e., el culto a la diosa estaba extendido por los puertos de las principales rutas comerciales existentes en la Antigüedad, debido en gran medida al intercambio comercial con la próspera Fenicia, todo lo cual favoreció su advenimiento y culto en Chipre, que luego se extendió con fuerza a todo el mundo heleno durante los siglos venideros. En el siglo III a.n.e., cuando los romanos se ponen en estrecho contacto con la cultura helena y en el posterior proceso de helenización, se inicia un sincretismo entre la Afrodita griega y la deidad romana Venus, similar en algunos aspectos, pero que carecía de un culto antropomórfico y de una mitología definida. Asimilada a la diosa griega, adquiere gran popularidad y relevancia en Roma, así como en las provincias del imperio, por lo que su nombre se generaliza, especialmente a partir del Renacimiento.

La fama de Afrodita se acrecienta notablemente en el arte, a partir del siglo IV a.n.e., cuando fue esculpida en bello mármol de la isla de Paros por el escultor griego, Praxíteles, oriundo de Atenas, probablemente en el mejor momento de su carrera, entre el 360 y el 330 a.n.e., y para la cual se dice que sirvió de modelo la hermosa cortesana Friné, su amante. Con esta estatua, Praxíteles creó el primer desnudo femenino de formato tridimensional y monumental, así como un nuevo tema en la historia del arte universal. El desnudo femenino, concebido en esta nueva forma, es uno de los aportes más relevantes y originales de los escultores griegos a la humanidad. Esta gran innovación influenció profundamente la imaginación de los artistas de los períodos posteriores y la iconografía de Afrodita para siempre.

Desde el inicio de la época histórica, los escultores griegos habían representado el desnudo masculino de tamaño natural o superior, con todos sus rasgos característicos y los genitales de forma detallada y exacta. Las esculturas femeninas, por el contrario, siempre son figuras vestidas, bellamente drapeadas y cubiertas por finos velos, pero nunca desnudas, como se evidencia en el caso de las Korai, estatuas votivas ofrecidas a los dioses en los templos griegos, así como en las figuras femeninas de los períodos posteriores. Es posible, ver ocasionalmente un seno descubierto o vislumbrar una insinuante silueta, pero la zona púbica suele permanecer tabú. Las figuras desnudas o semidesnudas que vemos con frecuencia en la cerámica griega son heteras, cortesanas o prostitutas, que ejercen la más antigua de las profesiones y las esculturas femeninas donde se adivinan las formas corporales, generalmente van cubiertas por un fino drapeado. Las estatuillas de terracota, mármol o bronce alusivas al tema son de pequeño formato y casi siempre referidas a la fertilidad o son ofrendas para alguna deidad. El ateniense Praxíteles, en un acto creativo de gran inspiración, genialidad y, sobre todo, de enorme audacia, creó el desnudo femenino en la escultura monumental y dio un gran giro al arte escultórico del mundo occidental.

La Afrodita creada por Praxíteles, divina como de costumbre, pero en tamaño natural y totalmente desnuda por primera vez, fue rechazada por los habitantes de la isla de Cos, cercana a las costas del Asia Menor, por considerarla impúdica para su santuario, y en su lugar adquirieron del propio Praxíteles –que había hechos dos- otra Afrodita, pero vestida, de la cual no tenemos noticias porque no aparece mencionada en las fuentes literarias disponibles, ni recogida por ningún hallazgo arqueológico posterior. La Afrodita desnuda fue entonces adquirida por la vecina ciudad de Cnido, también en el Asia Menor, situada en una larga y estrecha península, que se proyecta hacia el mar Egeo, al suroeste de la actual Turquía, a la que debe su nombre esta escultura y su fama mundial. Colocada en un templo circular en lo alto de un promontorio, visible desde muy lejos por los visitantes que llegaban a su recinto, la Afrodita praxitélica fue admirada por su deslumbrante belleza y se convirtió en el punto de atracción de todos los pueblos de la cuenca del Mediterráneo, que la adoraron como protectora de los navegantes. Su notoria popularidad favoreció en gran medida a la ciudad de Cnido, que hasta la fecha era solamente un oscuro puerto de mar, a tal punto que cuando el poderoso rey Nicomedes de Cos quiso comprarla y ofreció por ella una gran cantidad de oro, la formidable oferta fue rechazada. Desafortunadamente, la famosa escultura de la Afrodita de Cnido pereció como tantas otras obras de arte de la Antigüedad. Fue vista por última vez en Constantinopla en los albores del cristianismo y posteriormente se consumió en un incendio en el 476 a.n.e.

Debido a la fama alcanzada, un gran número de copias de diversos tamaños en arcilla, bronce, mármol y piedras semipreciosas, se realizaron en diversas épocas y su efigie fue conservada en las monedas de la ciudad de Cnido, que la convirtieron en su símbolo. Estos hallazgos arqueológicos, unidos a la evidencia que nos proporcionan las fuentes literarias, en las que se destacan Plinio el Viejo, Luciano y Ateneo, entre otros, nos dan fe de la existencia y popularidad de la Cnidia. De esta forma, la imagen de la Afrodita Cnidia fue el modelo ideal para múltiples copias, réplicas, reproducciones, versiones, recreaciones y reinterpretaciones, que han invadido con su eximia belleza, las plazas, jardines, parques y lugares públicos como hoteles, y restaurantes, -generalmente cercanos al mar-, de varios continentes. Su imagen se atesora en museos y famosas galerías de diferentes latitudes, aparece en filmes y documentales, en ilustraciones de novelas y narraciones amorosas, en anuncios de productos de belleza, inspira a los poetas, despierta la imaginación de los pintores y escultores, a la vez que sirve de motivación a fotógrafos, dibujantes y diseñadores. Su exquisita presencia siempre causa admiración, porque ella es, sin lugar a dudas, la indiscutible embajadora del espíritu clásico en nuestros tiempos.

La mejor copia de la Afrodita de Cnido se encuentra actualmente en el Museo del Vaticano, de tamaño algo superior al natural, y nos presenta a la diosa de pie, totalmente desnuda, excepto por un brazalete en forma de aro colocado en la parte superior el brazo izquierdo, preparándose para tomar un baño. A su lado vemos una hidria, recipiente destinado a transportar agua, sobre el cual reposa el manto que la diosa acaba de quitarse. El peso del cuerpo descansa sobre la pierna derecha y la izquierda se muestra levemente inclinada hacia atrás. Esta distribución irregular conocida como ‘contraposto’, una de las grandes innovaciones de los escultores griegos, es utilizada por Praxíteles para propiciar la ilusión de un movimiento más real y crear curvas dinámicas, que proporcionan mayor naturalidad a la obra. La Cnidia parece mirar al espectador con un leve giro de cabeza, mientras la mano izquierda reposa sobre la hidria y la derecha se extiende sobre la zona púbica, en un discutido gesto que ha sido interpretado como púdico por muchos especialistas y, por todo lo contrario, por otros. Después de su increíble y osada desnudez, lo más provocativo de esta escultura es justamente la posición de la mano derecha, su carga erótica, que rompe con todas las convenciones anteriores, así como la incitante sugerencia de ocultar y enfatizar el triángulo púbico a la misma vez. La asombrosa belleza de la desnudez de esta escultura dio origen a varias anécdotas, entre ellas una de la más conocidas, relatada por Plinio, nos habla de la incontenible pasión provocada en un furtivo visitante nocturno, quien dejó una mancha húmeda sobre el cuerpo de la diosa.

Uno de los fenómenos artísticos más significativos es el referido a las innumerables modificaciones de la figura de Afrodita a partir de la diosa praxitélica, que han producido una gran gama de tipos, a los que la tradición y los arqueólogos han signado nombres específicos, tales como la Afrodita Capitolina, la Afrodita de Médici, la Afrodita acuclillada, la Afrodita Anadyomena, la Afrodita de la sandalia y la Afrodita Kalipygia, entre las más notorias. La más popular y admirada es quizás la Afrodita de Melos, conocida como la Venus de Milo, una de las grandes atracciones del Museo del Louvre en París y considerada por muchos como el prototipo de la belleza femenina. El hechizo de la diosa del amor trascendió la Antigüedad y Afrodita fue también fuente de inspiración para los artistas del Renacimiento, como -Boticelli- y para los manieristas posteriores, como Giambologna. Su legado alcanzó con fuerza el neoclasicismo, como es el caso de Antonio Canova y aún hoy, su memoria gráfica sobrevive en el arte contemporáneo con disímiles y abundantes manifestaciones.

La Afrodita Capitolina, actualmente en el Museo Capitolino de Roma, también conocida como Venus Púdica, adquiere importancia como una de las sucesoras más reveladoras de la Cnidia, al aportar un gesto adicional al ya establecido. La Capitolina, al igual que su antecesora, también aparece junto a una hidria sobre la que acaba de depositar su manto, y se prepara para el baño, pero de forma diferente, pues cubre la zona púbica con la mano extendida de su brazo izquierdo y con la derecha protege el busto, a la vez que mira hacia atrás como si presintiera la presencia de un intruso. La Afrodita de Médici, inventariada en la Villa Médici desde 1598 y actualmente expuesta en la Galería Uffizi en Florencia, es muy similar a la Capitolina en lo concerniente al gesto púdico, sin embargo no nos muestra la hidria, ni el manto característicos, e incluye en su lugar como innovación, un nuevo elemento asociado al mundo marino de la propia Afrodita, en la figura de un estilizado delfín sobre el que cabalgan pequeños erotes, muy bien representado en nuestra exposición por un torso de pequeño formato de la diosa, acompañada de esa criatura del mar.

La Afrodita acuclillada, también en Roma, en el Museo de las Termas, considerada como una de las más logradas de las múltiples derivaciones e interpretaciones de la Cnidia conservadas en copias romanas, ofrece un esquema totalmente diferente en la disposición corporal. La diosa está agachada, con el cuerpo arqueado hacia delante, - lo que provoca numerosos pliegues alrededor de la cintura-, la pierna derecha hacia atrás y el punto de apoyo es su propio pie. Esta posición en cuclillas, aunque de otra forma, también utiliza el referente del baño, pues era una costumbre adoptada durante el aseo personal de las mujeres griegas, como se evidencia en la iconografía de la cerámica ática. La originalidad de esta simpar escultura no solamente subraya el erotismo del físico de la diosa, sino que proporciona una nueva y atrevida imagen de la misma.

La Afrodita Anadyomena, una de cuyas mejores copias se encuentra en el Museo del Vaticano, representa a Afrodita saliendo del mar de donde ha brotado recientemente, con un manto drapeado alrededor de la cadera y anudado justo sobre la zona púbica, mientras exprime con sus dos manos el agua que moja su larga cabellera, creando una ilusión de humedad y ambiente marino. Esta obra nos remite a la famosa pintura homóloga de Apeles, eminente pintor de Colofón, ciudad jónica del Asia Menor, quien también se inspiró en la figura de la bella cortesana Friné, cuando salía desnuda de un baño de mar, durante los festejos eleusinos. El erotismo de la escultura es acentuado por la disposición de caída en cascada de los pliegues del manto en la zona más baja del cuerpo, que se contrapone con el grácil gesto de la diosa. Otras variantes de la Anadyomena presentan a la divinidad saliendo del mar totalmente desnuda o con el manto a medio camino entre el pubis y la entrepierna o el muslo. Un torso de mediano formato de la Colección Lagunillas con estas características ejemplifica con claridad la última de estas distinciones.

La Afrodita de la sandalia, representada por una interesante versión en el Museo Nacional de Nápoles, es una de las variaciones más admiradas que se han creado a partir de la Cnidia, no sólo por la belleza del elegante motivo y lo complicado del movimiento, sino además por estar asociada en su concepción al célebre relieve de la balaustrada del templo de Atenea Nike en la acrópolis de Atenas, conocido como Nike de la sandalia. La diosa apoyada en una sola pierna, mantiene el equilibrio inclinada hacia delante, a la par que ata o quizás desata, con la otra pierna en alto, la fina sandalia de su calzado. La sandalia, complemento importante del refinado atuendo que distingue a la diosa, es a la vez un símbolo erótico, especialmente en escenas de corte prostibulario o de acicalamiento femenino. Afrodita en esta novedosa posición está presente en nuestro despliegue en un magnífico torso de lograda factura, donde se observa el giro de la figura y la torsión del cuerpo.

La Afrodita Kalipygia, la de los bellos glúteos, es una de las atracciones del Museo Nacional de Nápoles, quizás por lo audaz o quizás por lo sorprendente que resulta esta tentadora descendiente de la Cnidia. La diosa luce una túnica de fina textura, que ella recoge hacia arriba con la mano izquierda por lo que descubre totalmente, la zona derecha del cuerpo, dejando a la vista del espectador el muslo, la pierna, la cadera y parte del tentador pubis. Con la mano izquierda alza la parte posterior de su vestido hacia delante, lo cual provoca un deslizamiento del escote y libera la mitad de un seno, que queda completamente expuesto. Este último movimiento parece captar toda la atención de la diosa al hacer girar su cabeza en esa dirección para observar su espalda, cubierta por el drapeado, y también admirar desenfadadamente sus bien dotados glúteos. Considerada como la más erótica de todas las múltiples creaciones de la diosa, su frívola postura ha dado lugar a disímiles comentarios, al ser calificada como obscena por algunos y vulgar por otros, pero lo cierto es que su reputación alcanzó las altas esferas de la más tradicional aristocracia europea. Luis XIV de Francia, el rey Sol, ordenó una copia para sus aposentos en Versalles y Gustavo III de Suecia, otra para el Salón de los Espejos del palacio real de Estocolmo.

La Afrodita de Melos, ampliamente citada y conocida como la Venus de Milo, fue excavada por un campesino cerca de la propiedad del príncipe Ludwig de Bavaria en la isla griega de Melos, en 1820. Después de algunas negociaciones, fue recibida por Luis XVIII, quien la expuso en el Louvre en 1821, y en la actualidad es una de las esculturas más preciadas entre las inigualables obras maestras de la institución gala. La majestuosa diosa aparece de pie, con el peso del cuerpo sobre una pierna, la otra ligeramente levantada y descansando sobre una base. Afrodita se nos muestra en posición casi frontal, con el cuerpo totalmente desnudo, excepto por un drapeado finamente enrollado alrededor de sus piernas, que cae en forma de exquisitos pliegues irregulares y acentúa las líneas sensuales de sus caderas, prácticamente al descubierto, pero sin mostrar el área púbica. La versión más aceptada de la posición de los brazos, que lamentablemente no se conservan, indica que la deidad probablemente sostenía un espejo o un escudo pulido, con el brazo izquierdo, donde se reflejaba su admirable belleza. La mano derecha probablemente dirigida hacia la zona del vientre. Gran parte del irresistible atractivo que ha causado esta obra desde su descubrimiento, se debe en gran medida, a la contrastante dinámica entre las zonas desnudas y las cubiertas por el drapeado, a la diferencia del movimiento del torso hacia la izquierda y las caderas hacia la derecha y a la mirada enigmática un punto indefinido del espacio.

La Afrodita Cnidia de Praxíteles, no solamente introdujo una nueva concepción del desnudo femenino en el arte universal, sino además ha sido modelo para bellas y múltiples creaciones durante siglos, objeto de admiración, crítica, aplausos, inspiración, adoración y veneración por los pueblos antiguos y de gran predilección por los contemporáneos. La única diosa promiscua del Olimpo, la más sensual, erótica, atrevida, audaz, provocativa e incitante, nunca ha sido, sin embargo, obscena, vulgar, banal o procaz. Sus amores y famosas aventuras han llenado las páginas de la literatura de muchas latitudes y su imagen es referente inigualable de lo clásico, lo apreciable, así como paradigma excepcional de acabada y sublime belleza.

La Colección Conde de Lagunillas del Museo Nacional de Bellas Artes posee una diversa gama de importantes representaciones de las más conocidas interpretaciones de la diosa Afrodita, -de excelente factura y grado de conservación-, en esculturas de pequeño y mediano formato en mármol, al igual que cerámica ática de diversos períodos, técnicas, formas y usos, así como terracotas y bronces de gran calidad. Numerosos ejemplos iconográficos alusivos al tema del amor y al atractivo reino de la bella del Olimpo, nos han permitido crear un despliegue variado y armónico de nuestros exponentes, que constituyen un verdadero regalo para nuestra sensibilidad, pues simbolizan los más puros ideales del arte griego de la Antigüedad, razón por la cual, los presentamos, por primera vez, en un contexto mitológico, artístico e histórico, que muestre de forma amena y didáctica, la relevancia de la original creación praxitélica y su trascendencia en el desarrollo escultórico posterior del desnudo femenino.

.